

A close-up photograph of a lion's face, showing its golden-brown fur and black outlines of its eyes and mouth. A red banner is overlaid across the middle of the image, containing the text 'RESCATE' and the main title.

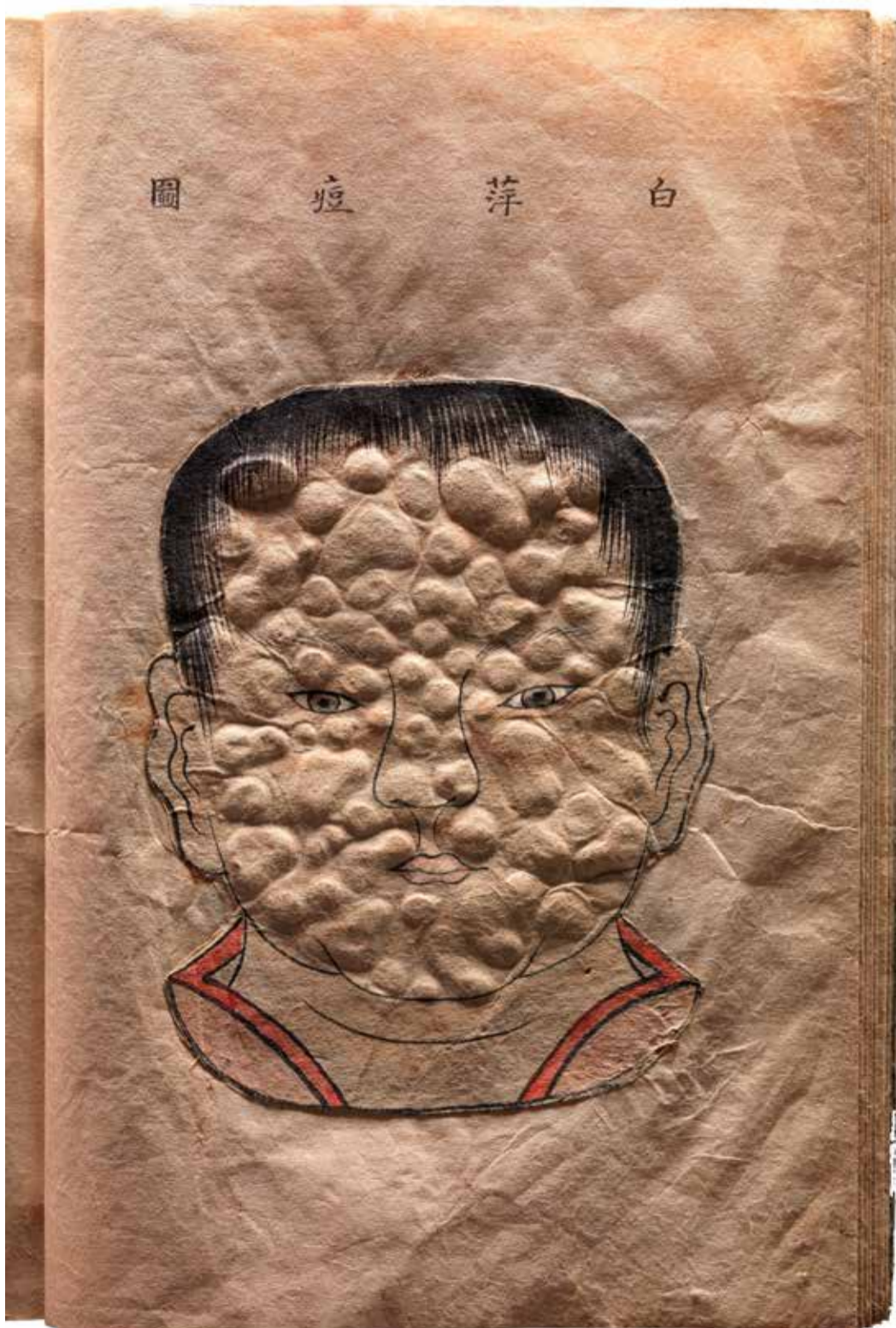
RESCATE

# El entusiasmo y el temor ante la primera vacuna





Imagen: Wellcome Collection. CC BY 4.0, via Wikimedia Commons.



Al menos desde el siglo XVI, en China e India se inoculaba a los niños pequeños contra la viruela. El método, conocido como variolación, consistía en administrar, por medio de la inhalación o mediante una herida en el brazo, las costras pulverizadas de una persona enferma de viruela. En el siglo XVIII, el método comenzó a ser utilizado en Europa. Aunque en ocasiones confería inmunidad, también llegaba a infectar mortalmente a los inoculados, y pudo contribuir a provocar brotes de la enfermedad.

Imagen: Ilustración texturizada de un manuscrito japonés, ca. 1720, Wellcome Collection, dominio público.





En 1796, el médico británico Edward Jenner inoculó, por una incisión en el brazo, a un niño sano con pus que había extraído de las ámpulas de una mujer infectada con la viruela bovina, una enfermedad que afectaba a las vacas y a las personas que vivían en contacto estrecho con ellas. Unos meses después, ante un brote de viruela, pudo constatar que el niño no enfermó: había sido exitosamente inmunizado.

La técnica de Jenner, a la que bautizó como vacunación, era más segura y efectiva que la variolación, y fue adoptada con entusiasmo en toda Europa. Gracias a la expedición del doctor Balmis, llegó también a la Nueva España en 1804.

Imagen: Edward Jenner inoculando a un bebé. Óleo de Eugène-Ernest Hillemacher, 1884. Wellcome Collection, dominio público.

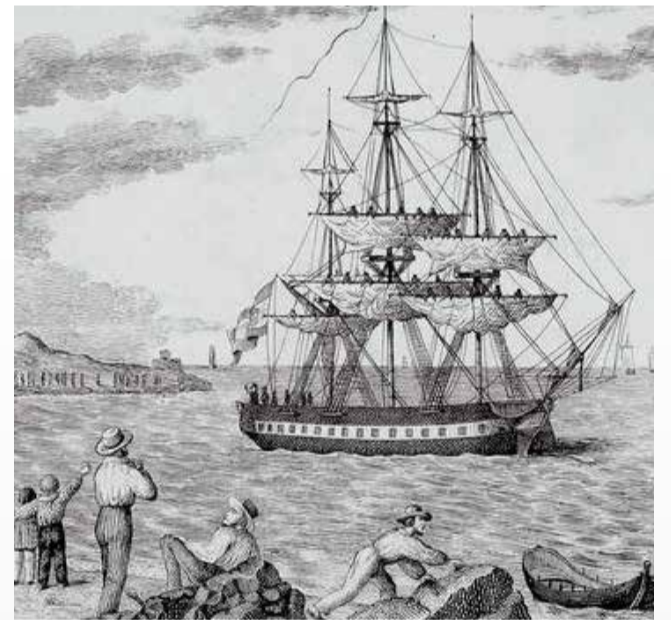


Imagen: La expedición Balmis parte del puerto de La Coruña. Grabado de Francisco Pérez, ca. 1803. Dominio público, via Wikimedia Commons.

Aunque no todos recibieron bien a las vacunas. Para algunos, que el material con que se inoculaba proviniera de las vacas era motivo de sospecha, e imaginaron toda suerte de efectos secundarios.





Imagen: Un efecto secundario imaginario de la vacuna: quienes la reciben se convierten en vacas. Grabado en color de J. Gillray, 1802. Wellcome Collection, CC BY-NC 4.0.

Imagen: Grabado de C. Williams, 1802. Wellcome Collection, CC BY-NC 4.0

El miedo a que la vacunación en realidad sirviera para propagar la viruela llevó a representarla como un monstruo grotesco al que los promotores de la vacuna alimentaban con bebés, o al que hacían desfilarse en un carruaje, ante el terror de los niños.

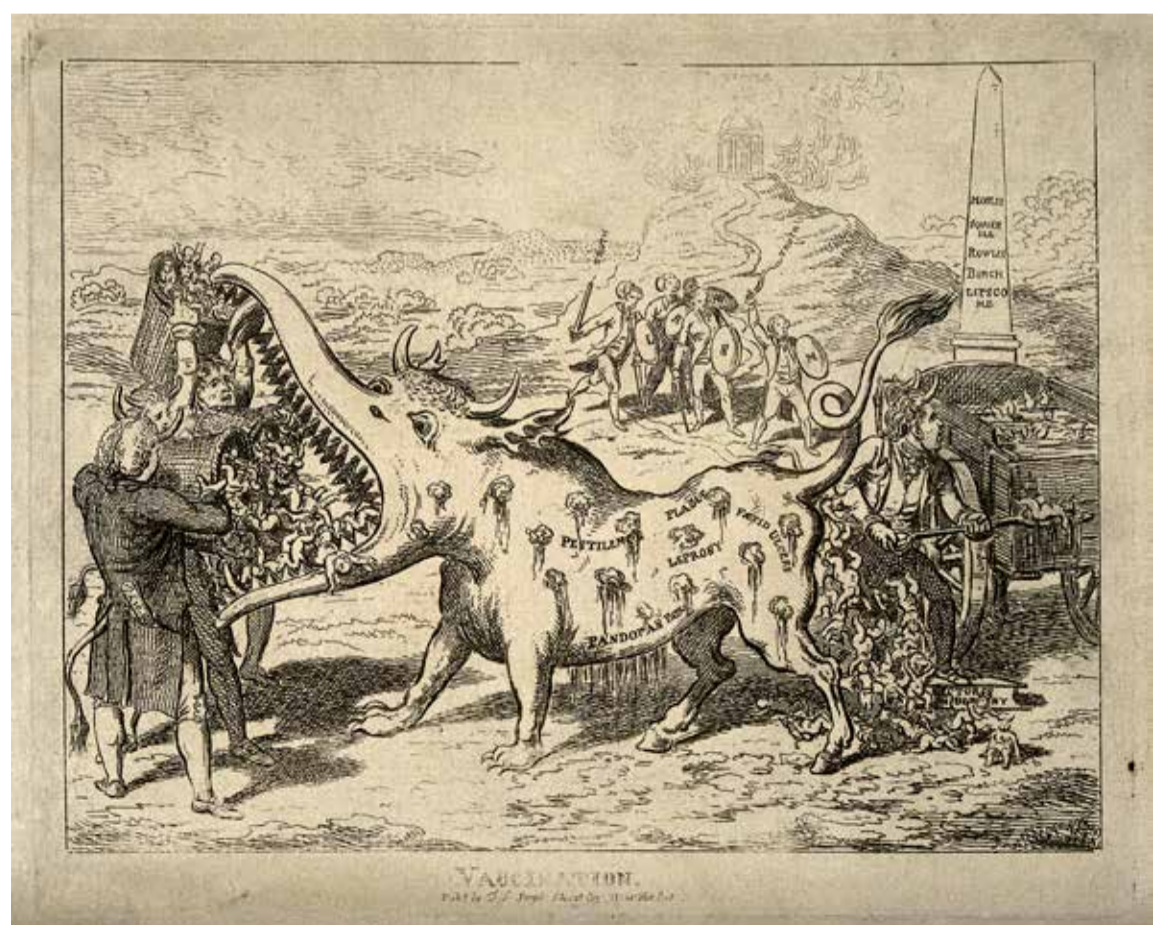






Imagen: Grabado en color. Wellcome Collection, dominio público.

Las reacciones también pasaron por la burla abierta: este grabado francés muestra a un supuesto rival de la vacuna, extraído del pavo y bautizado como "dindonnade", que alude al animal del que se extraería –el pavo o *dindon*–, pero puede traducirse como pavada, tontería.



Imagen: Grabado a color, 1801. Wellcome Collection, dominio público.





Grabado de Edwin Buckman, 1871.  
Wellcome Collection, dominio público.

Pese a estas visiones, la vacunación se impuso. Si durante el siglo XVIII la viruela fue la principal causa de muerte, matando cada año a entre 50,000 y 80,000 personas en Francia, y entre 25,000 y 30,000 en Inglaterra, los esfuerzos masivos de vacunación hicieron que la mortalidad asociada a la enfermedad cayera en 90% para finales del siglo XIX.

Los esfuerzos contra la viruela alcanzarían su conclusión en 1980, cuando la enfermedad fue erradicada en todo el mundo.